



El Rostro Divino-Humanidad

www.espiritualidadyevangelizacion.org

«Después vi un cielo nuevo y una tierra nueva, porque el primer cielo y la primera tierra habían dejado de existir»...

Ap 21, 1-2b.

Por: Ricardo Ignacio Alaniz Rosas

Queridos amigos y hermanos en la fe, el Señor Jesús nuevamente nos habla en nuestra historia, nos anima a descubrirle y a ser verdaderos testigos de su amor redentor. Es por ello que en los últimos acontecimientos que nos han tocado vivir, muchos de nosotros nos hemos sentido decaídos, desanimados por la interrupción necesaria de nuestras actividades cotidianas, por una crisis económica que comienza a crear confusión y miedo en muchas de nuestras familias, por un sistema político que con gran dificultad logran dimensionar el panorama tan desolador que millones de familias sufren en silencios dolorosos, y otras en llantos desgarrados por el sinsentido y un futuro muy incierto y tenebroso.

Lo cierto es, que confiamos en el Señor y nos abandonamos en el abismo insondable de sus manos, donde su voluntad es capaz de dotar de sentido nuestra realidad tan caótica como lo plasma el bello poema del Génesis en sus primeros versículos *“Todo era caos, pero el Espíritu de Dios sobrevolaba las aguas”* (Gn 1, 2) y esto es certeza de que su presencia es una realidad permanente e inmutable en nuestra existencia.

Ante la crisis de miedo y de fe por la que atravesamos, se han desprendido varias interrogantes, entre las cuales una de ellas predomina: *“¿ya es el fin del mundo?”*, a la cual podemos contestar con toda certeza como Jesús les dijo a sus discípulos: *“Pero de aquel día y hora nadie sabe, ni siquiera los ángeles del cielo, ni el Hijo, sino sólo el Padre”* (Mt 24, 36). Es cierto que los acontecimientos hablan, son simbólicos, remiten a una realidad profunda, pero debemos ser conscientes que no son determinantes. Es por esta razón, que tratar de encasillar o hacer coincidir el final escatológico con los acontecimientos recientes, o inclusive con el último libro de la Biblia: el Apocalipsis, puede resultar más confuso y menos esperanzador.

El libro del Apocalipsis o “Revelación”, es un libro que tiene que comprenderse en el contexto de la dramática experiencia de las siete Iglesias de Asia (Éfeso, Esmirna, Pérgamo, Tiatira, Sardes, Filadelfia y Laodicea), que tuvieron que enfrentarse a grandes dificultades (persecuciones y tensiones incluso internas) por su testimonio de Cristo a finales del siglo I. Juan se dirige en su libro a cada una de ellas, mostrando una profunda sensibilidad pastoral con los cristianos perseguidos, a quienes les

exhorta a permanecer firmes en la fe y a no identificarse con el imponente mundo pagano. En definitiva, su objetivo consistía en descubrir el sentido de la historia humana a partir de la muerte y resurrección de Cristo.

Los desafíos presentados por Juan frente a los que se encuentran las siete Iglesias de Asia son muy parecidos a los que ahora encontramos en nuestros ambientes, y sus problemas son casi como los de nuestros días. Nuestra sociedad, como la de aquellas Iglesias, es una sociedad rica y satisfecha, que parece no sentir necesidad del Evangelio, a pesar de las fuertes crisis económicas y sociales. También nosotros, como ellos, tenemos el problema de vivir en una sociedad ya postcristiana, donde la elección de vivir la propia fe sin compromisos comporta un precio que hay que pagar, y a veces incluso a un precio muy alto.

También es el nuestro un mundo apocalíptico, no en el sentido de que el fin del mundo esté más próximo ahora que en el tiempo del emperador Domiciano, sino en el de que como ocurría en la sociedad romana los puntos de tensión hoy existentes están tan corrompidos que la situación parece que va a estallar de un momento a otro. Igual que en el Imperio romano, se advierte también en nuestro occidente cristiano un molesto sentido de declive y de decadencia. Se aprecia la presión de los «bárbaros» como si estuvieran en la misma puerta; se empieza a comprender que el mundo está entrando ya en el ocaso y se advierte la angustia de que con ello llega también el declive de nuestra cultura. Al igual que la sociedad romana, nuestra sociedad parece estar a la espera de un paradigma que vuelva a redefinir las condiciones y el estilo del coexistir social. Nosotros, como Juan, vemos cómo va surgiendo con todo su aspecto terrible, la «Bestia», la manifestación del Dragón, que era entonces para el Vidente de Patmos identificable con el Imperio romano. Sin embargo, para nosotros es una realidad mucho más sutil y más difícilmente reconocible. No es una entelequia política, sino una concepción de la vida, un imperio cultural, un poder persuasivo que es, en parte, una ideología de mercado sin reglas, donde el hombre desaparece entre los engranajes de la economía, y, en parte, llega a ser una ideología relativista muy útil en este imperio del mercado. Por esta razón, debemos ser conscientes de que la interpretación de la Sagrada Escritura siempre parte desde su contexto, y aunque algunos signos pueden tener "similitud" como lo narran los textos sagrados, son meramente para uso interpretativo, para que el creyente haga una lectura orante y actualice lo que la Palabra de Dios le pide *en el aquí y en el ahora* y con ello se encamine a la búsqueda del bien y de la verdad.

Aunque el contexto del último libro de la Biblia se desarrolla entre grandes controversias y persecuciones, la finalidad de su contenido es animar en la esperanza a la comunidad cristiana perseguida, que como ahora, continúan las persecuciones y con ello nuestra fe debe ser aún más auténtica. Al hablar de persecuciones, no

solo compete a quienes son criminados por profesar su fe, sino que el mundo tan relativista en el que estamos inmersos nos ha conducido a una sociedad que busca tenerlo todo, llegar a ser todo, pero sin Dios.

La pregunta inicial puede seguir haciendo eco "*¿será el fin del mundo?*", no lo sabemos con exactitud. Dios tiene sus tiempos y él ha de juzgar nuestra historia, Él es el Alfa y la Omega, el principio y el fin. Pero lo cierto es que, en toda la historia de la salvación, los hombres de fe se enfrentaron a grandes dificultades históricas de su tiempo, por ejemplo: los patriarcas, los profetas, el mismo Jesús, sus discípulos y quienes en su libertad decidieron seguirlo en un proyecto de humanidad nueva, para alcanzar la nueva Jerusalén. Cada libro de la Biblia está entrelazado en una sola Esperanza: *Dios es fiel, y guía a su pueblo*. Es por eso que desde el primer libro hasta el último podemos observar diversas historias, enredos humanos, muchas contradicciones, pero Dios sigue siendo eternamente Fiel. Por lo tanto, atrevámonos a descubrir la presencia de Dios que nos acompaña, que produce Esperanza, que es Paz en nuestras guerras y es luz en nuestras sombras. Es curioso que el último libro de la Biblia, ya en su capítulo 21 siendo éste la ante sala del final, el autor contemple "*un cielo nuevo y una tierra nueva*", y es ahí a donde el ideal de la vida cristiana nos ha de conducir. ¿Cuándo terminara la pandemia? No lo sabemos, ¿Qué cosas traerá este desenlace? Solo Dios lo puede dictaminar, pero confiamos en la ternura de su amor que siempre nos ha dirigido y nos ha sostenido en momentos oscuros de nuestra humanidad, llevándonos a contemplar la omnipotencia de su amor.

Que el Dios de la Esperanza, el que hace nuevas todas las cosas nos conceda el perdón y su paz...
Amén.